

bres y cecina salada, y dos botas de cerveza para apagar los apetitos de la carne. Representaba yo el zambor mayor de aquellos doce monos, teniéndolos instruidos á mis órdenes y mandatos. Iba en cabecera de mesa uno, que por ser tan amigo de Baco lo representó aquella tarde muy al vivo. Iba desnudo en carnes y con una guirnalda de hojas de parra contrahechas, que le ceñía toda la cabeza, y otra enramada de las mismas hojas, que le tapaba las pertenencias y bosques de la baja Alemania. Iba sentado sobre una bota de vino, y por ser tiempo de invierno y tierra no muy acomodada para triunfar en carnes, con tener asiento cálido de vapores y con ir menudeando jarros de su tridente, iba tan de Baco hibernizo, que mas parecia alma penando en sierra nevada que pellejo encima de tonel. Llevaba cada uno de los de mi cuadrilla, en lugar de cifras y cañas, un gran vaso en la mano derecha, lleno de cerveza, y en emparejando con cualquier coche de damas ó señores, les brindaba yo á su salud, y mis compañeros á un mismo tiempo y compás, sin saber puntos de solfa, empinaban los codos y hacían la razon. Llevaba de mas á mas otros tres criados, el uno para que fuese sacando la cerveza de los toneles, y los dos para que fuesen hinchendo las tazas que se iban vaciando; con tal cuidado y puntualidad, que jamás parecíamos vírgenes locas, porque siempre estuvieron llenas las lámparas y las orejas encendidas. Dimos tres ó cuatro vueltas al tur, bebiendo á tantas saludes, que padecieron detrimento las nuestras; y cuando ya iba el aduar cuesta abajo, y nos hacia el vino y la señora doña cerveza á unos estar de *Asperges me, Domine*, y otros de *Humiliate capita vestra*, acertó á pasar su alteza, y haciéndole todos una salva real de tragos puros y refinados, nos fué forzoso salir rendidos, habiendo entrado triunfantes. Cayó nuestro desnudo Baco de la esfera de su tonel encima de la mesa de la comida, y echando abajo tablas, jarros, platos y vianda, se puso en postura de paciente en espera de ayuda; acudimos todos á ayudar á levantar á nuestro jefe, y demás de no poder conseguir nuestro deseo, nos quedamos de paso de juicios de la Resurrección sin poder ninguno levantarse del puesto. Viendo los carroceros que llevábamos que habíamos dado fin á los toneles y á la representacion, y que todos habíamos caído sin ser Faetones, y que por ser á vista de todo un pueblo nos empezaban á tirar lágrimas de Moisés, quizá porque pasara yo el martirio de mi santo, aunque lo sintiera mucho menos, dándole rienda á los caballos, nos sacaron del paseo bien acompañados de silbos y voces. Nos llevaron á una posada que tenia yo fuera de palacio, y como quien descarga pellejos de vino de carro manchego, nos fueron poniendo en tierra tan domésticos y pacíficos, que ninguno meneó pié ni mano. Bajaron á mi helado Baco, y á puros azotes de los carroceros y de un concurso de muchachos que se habian juntado, le volvieron toda la frialdad en calor. Era tanto el tumulto de la gente que iba acudiendo, que tuvo por bien la patrona por ver desembarazada la puerta y por saber que ha-

bia de quedar satisfecha, por ser yo el autor de aquella danza, de entrarnos adentro y tendernos en un patio á que nos diese el sereno. Allí pasamos la noche, sin picarnos pulgas, ni inquietarnos mosquitos, ni despertarnos gallos. Venida la mañana, volví en mí, y me hallé harto molido el cuerpo de la cama de losas en que habia dormido. Contemplé la parva lobuna que cogia todo el distrito del patio, y á mi amigo y compañero Baco en medio de ella en cueros, metido entre cueros y roucando mas y mejor. Despertélos á todos, y pagándoles su jornada de racion y representacion, y habiendo contentado á la huésped, me fui á palacio á esperar que su alteza se levantara, para que por mayor me pagara los gastos de la fiesta y la salva real que se le habia hecho; porque se reiría el mundo de mí si, despues de haber bebido dos botas de cerveza y una de vino y dormido una noche al sereno por el mes de febrero y en Flándes, fuera condenado en costas. En efecto, alcancé aun mas de lo que pretendia, porque yo siempre pedía como criado de los mas pequeños, y su alteza me daba como príncipe de los mas grandes.

Determinéme por razon de estado, ó por mejor decir, por andar al uso como los demás, de tener un poco de quebradero de cabeza, con entretenimiento de galanteo. Aficionéme de una doncella de su señora, y dama de dame, labradora en el aseó, y cortesana en guardar fe. Tenia pocos años y muchas astucias. Traía todo su dote y ajuar á cuestras, y el testamento en la uña. Servía, por ser huérfana y por estar en parte recogida, á una tia suya, tabernera, adonde yo tenia conocimiento y entrada los ratos de mi ociosidad. Puse los ojos en la tal polla, y pareciéndome que estaba ya en edad de poner huevos, la di un día un pellizo tan apretado como el amor que la tenia, y ella me pagó la lisonja con una cox tan desigual á su adamadura, que malos años para la mas briosa yegua. Y como es muy propio de pollinos el hacer el amor á cox y bocado, no extrañé el son de la castañeta. Entróse ella en su aposento muy enojada de mi atrevimiento, y yo me quedé en el portal muy alegre por el favor de su cox. Huía de allí adelante de mí como del demonio, y no tenia poca razon; porque es muy fuera de las leyes del interés entrar enamorado con las pertenencias á Cupido; porque ni Lucrecia tomara el acero, ni Porcia píldoras de brasas, si sus pretendientes hubieran entrado en pluvias de oro y no en torbellinos de conceptos, dando, en lugar de galas, pesadumbres; y pidiendo, en lugar de favores, celos, hinchándoles la cabeza de aire, y los cofres de sonetos, como si fuese mercancía que se hallase sobre ella para los forzosos gastos. En efecto, viendo que no llevaba bien los dedos para organista y que galanteaba al tiempo antiguo, y que en el presente no hay Elisás, Heros ni Tisbes, y que es mas estimado el reloj que da que no el que señala, le envié un buen regalo á mi señora Dulcinea con un criado mio, retrato de Sancho Panza, y un amoroso billete dándole á entender mi pretension. La tal bobilla, como habia sido niña de muchos Gomez Arias, y de aquellas «nun-

ca en tal me vi», agarró la dádiva, recibió el recado, y remitió el decreto para la consulta de su tia; dándome licencia para que, en achaque de entrar á apagar la sed del cuerpo, entrase á mitigar el calor del alma. Desde aquel dia empecé á menudear en las visitas, y desde aquella hora comenzó la corderilla á pelarme, y la tia á desplumarme. Dióme por primer favor una rosa de liston, diciéndome que me la pusiera en su nombre, porque era el primer galan que habia dado. Yo le dije: Reina mía, el galan yo lo soy, y me vengo á entregar á la prision de los ojos que me han cautivado; damas son las que busco, y no galanes; nómbrese usted por mí é irán las cosas derechas, pues tendré yo dama, y vuesa merced galan. Agradóle á la tia el discurso, y agarrándome la cinta, dijo: El señor Esteban tiene razon, que á las damas se han de dar galanes, y á los galanes damas, y por derechos de esta sentencia me quedaré yo con este favor, que no faltará ocasion en que emplearlo.

Llegó nuestro amor tan adelante con el curso del tiempo, que nos miraban con cuidado los cofrades que acudían á la ermita, y que nos murmuraba el barrio y la vecindad; y porque no perdiese por mí su buena reputacion, que era reputada por doncella, sin ser piadoso Eneas, la saqué una noche de aquella encendida Troya, y di con ella en mi casa. No tuve á poca suerte, sino á gran milagro, el haberme librado del emplasto de su tia, por ver que jamás le dió para libros. Era tan melindrosa esta dama, que no comía caracoles porque tenían cuernos, pescado porque tenia espina, ni conejos porque tenían colas. Desmayábase de ver salir un raton de su nido, y alegrábase de ver entrar una compañía de mosqueteros en el cuerpo de guardia. Comía en mi presencia por adarme, y en mi ausencia por arrobos. Era enemiga de reclusion y amiga de libertad, y con rebozo de melancolía era celosía de la ventana y umbral de la puerta. Recibía al principio muchas visitas, con achaque de primos; y por informarme yo que todos los que la venían á visitar le eran carnales, no queriendo sufrir segunda vez las armas que me hizo poner el príncipe Tomás, la melé en clausura, y tomé aposento sin ventana á la calle y en calleja sin salida; no me faltó sino ponerle un torno para parecer el celoso extremeño. Dejábale cuando salía fuera á mi criado para que estuviese de centinela de vista y que fuese espía de aquel campo; pero entiendo que esta diosa lo adormecía como á Argos, ó que me servía de espía doble. Cantábame ella cada noche que venía á casa aquella copla de «Madre la mi madre, guardas me poneis, etc.» Iba todas las fiestas á misa, y oía la de san Gregorio, y volvía á casa á hora de completas, por lo cual di yo en acompañarla, y ella en sentirse de llevar tan cuidadoso escudero. Perdíaseme de cuando en cuando, y al tercer dia, como ahogado, remanece en casa de su tia; por cuya causa estuve muchas veces determinado á hacerla pregonar ó á ponerle un rótulo en las espaldas. Y aunque me hacia creer con lágrimas y juramentos que por

mi mala condicion se habia retirado á casa de su tia y no habia salido un punto de ella ni dejádose ver de persona, con todo eso no dejaba de castigarla, con tal rigor, que la pobretilla no se atrevió á hacerme mas falta, sino que fué una sobra de voluntad, por un antojo que le dió de ser capitana, pudiendo ser real por lo velera y bien despalmada. Aficionóse tanto al son del parche, que despues de haber servido de paje de jineta, lube menester órden de su alteza para hacerle borrar la plaza y que la volvieran á casa de su tia, fingiendo que un oficial conocido suyo se queria casar con ella. Cumplió la órden, y al cabo de los meses mil volvieron las aguas por do solian ir; con lo cual quedó ella pesarosa, y la tia alegre, y yo celoso.

Despiquéme en visitar tabernas, adonde entraba gastando largo, pagando adelantado y haciendo muestras de centenares de doblas para opinarme de rico y cobrar crédito para adelante en habiendo hecho cargadilla con dilaciones de trueques, y de hoy á mañana mudaba de cuartel y buscaba nuevo alojamiento, adonde hacia la misma embestida y la propia retirada, de tal manera, que en término de un año no tenia crédito ni retiro. Todas las huéspedes me buscaban, pero yo no queria que me hallasen; salíanme á recibir á sus puertas cuando pasaba por sus calles, y viéndome perseguido de tanta demanda y seco de hacerles tantas promesas, determiné de andar de allí en adelante en haca de buen paso, y sordo de ambas orejas. Fué muy provechoso á mi oficio el dejar el divertimento de la dama y la ocupacion de las tabernas, para poder acudir con mas puntualidad al servicio de su alteza y al amparo de muchos títulos y señores que cada dia me favorecian y remediaban. Y así, despues de haber venido de campaña, que por no ser coronista de guerras ni tratar cosas de tantas veras voy prosiguiendo con mis burlas, llegaron otras Carnestolendas, no tan heladas como las que resfriaron á Baco, ni tan calientes como salimos sus compañeros. La codicia de la dádiva de su alteza y el deseo de alegrarle, me obligaron á trazar otra mascarada en otro carro como el pasado, pero con diferente asunto. Alquilé una cama con todos sus adherentes y un jumento de buen tamaño, que no fué poca suerte el hallarlo en esta corte, donde hay tanta falta y sobra de ellos. Hice aderezar la cama en la testera del carro y meter en ella al pollino, amarrado de piés y manos á dos fuertes palos fijados para el propósito; cubrílo con una sábana muy delgada y con una muy labrada colcha, y dejándole sola la cabeza de fuera, le puse debajo de ella un cabezal y dos almohadas de muy blanca pluma. Vestí á un compañero de mujer, para que representando serlo del pollino, fuera lamentando el verlo enfermo y en visperas de morir, la cual eucubria debajo del avantal un gran orinal con su vasera. Llevaba otro en hábito de barbero con una cesta llena de ventosas y estopas, y un fingido oficial con una jeringa, que podia servir de aguatocha para apagar fuegos. Iba yo vestido de doctor con una ropa de levantar y un bonete de caer, unos guantes

arrollados y un gran sortijon de piedra de jaqueca y chinelas terciopeladas. Llevé de mas á mas cuatro violones sentados en la cabecera de la cama de nuestro afligido enfermo y un pequeño tonel de cerveza para que sirviese de orina. Con toda esta preparacion entré con mi carro en el tur ó paseo, al tiempo que todo lo brillante y lucido de esta corte estaba en él, y en parándose alguna tropa de carrozas de señores ó damas de calidad, empezaba la fingida mujer á llorar en altas voces, enjugando las dolorosas lágrimas con las sábanas del cuitado. Tomábale yo el pulso con mucho reposo, pedía la orina, la cual me daba la afligida dueña con tristes suspiros; tomábala yo en la mano derecha, y con la izquierda me ponía unos anteojos, y mirándola, haciendo con ella muchos espantos y arqueando las cejas, alzaba el orinal, y de bote y voleo me bebía toda la orina haciendo muchos ascos. Con los labios hacia señal al barbero para que le echase las ventosas, el cual llegando á la cama y sacando de la cesta media docena de grandes ventosas, le metía á cada una media libra de estopas, y encendiéndolas á la luz de una vela, se las iba pegando en el pescuezo, y del fuego de la estopa y pelo del jumento se levantaban una grande humareda y olor de chamusquina. Con el dolor de la quemadura se alborotaba el enfermo, y dando enviones por soltarse, hacia estremecer la cama. Volvia la mujer á gritar; y yo acallándola, y limpiándola con una rodilla de cocina, hacia señas al barbero que le quitase las ventosas, y mandaba á lo mudo al oficial que le echara la ayuda. Obedecíame con puntualidad, aunque no le echaba bodrio, por guardarla para mejor ocasion. Volvia á respingar el señor burro, á soltar tantos espumajos por la puerta de la dentadura como presos por el postigo desdentado. Fingia un desmayo la bella mal maridada, y por volverla en sí hacia al oficial que sacase el sacabuche, y haciendo señal á los músicos, tocaban sus violones, con que dábamos fin á nuestra callada y lamentable representacion. Pasábamos adelante, y en encontrando otras carrozas de títulos y personas, á quien yo tenia obligacion, hacíamos lo mismo.

Sucedíonos un cuento harto solemne en el discurso de nuestro viaje, y fué que saliendo hácia una parte de paseo, que está sin poblacion, en un pedazo de pradería, cerca de los muros de esta corte, estaban dos pollinas en cintas, mendigando un seco pasto, y cuando nuestro doliente las vió, olvidando sus ardientes ventosas y ayuda cámara ú de costa, empezó á alzar el cueilo sobre las almohadas y á dar unos rebuznos tan recios, que obligaron á la triste de su esposa á trocar el llanto en risa y á caerse todos los oyentes sobre los estribos y testeras de sus coches del mismo achaque. Fué tanto lo que se celebró la tal música, que en un instante pasó la palabra por todo el paseo, y todos me pedían, en acabando de ver la fiesta, que hiciese rebuznar al enfermo. Respondíales que yo no entendía su lengua, y así no me atrevia á suplicárselo; pero que fuesen por las dos burras, que podría ser que se alentara á servirles y

darles gusto. Solemnizaban la respuesta, prosiguiendo su viaje, y yo el mio. Vine al cabo de hora y media á encontrar la carroza de su alteza, y mandando hacer alto á mi carro, volvia á hacer las mismas ceremonias, con mas gracejo que en las demás partes; porque además de la puntualidad y presteza, nos ayudó el señor pollino, haciendo su papel de tal modo, que á mí y al oficial nos hizo llorar, y á su alteza y á sus criados reír. Y fué de aqueste modo, que despues de haber hecho las ceremonias acostumbradas, llegó el diligente oficial con su flauta llena de agua fria, reservada para aquel paso, y alzando la ropa y apartándole el dilatado mosqueador, haciendo puntería, le dió un flautazo y le apretó los conductos de tal suerte, que dejó muy aguado el paciente, sin haberse desayunado; el cual, sintiendo la frialdad del regadío y la borrasca de las tripas, como otros se echan con la carga, él se quiso levantar con ella, echando todo el resto de su fuerza; y al tiempo que el pobre barberote le sacó la alatonada culebrina, le dió un cañonazo de sebo mascado con tal violencia y abundancia de tacos en medio del rostro, que le turbó la vista y le engrasó toda la delantera del vestido, y quebrando las ligaduras de los piés, enseñaba las virillas vizcaínas, tirando zapatetas á pares y truenos á docenas. Yo porque no peligrara mi estercolado jeringador, pensando que me tuviera respeto por ser doctor, me llegué á su merced por volverlo á ligar y á arroparlo, porque no se resfriara; mas no atendiendo á las insignias de mi ropa y sortijon, ó creyendo que le habia errado la cura, como suelen hacer muchos parientes suyos, me dió dos pares de coces tan bien pegalos en la boca del estómago, que haciéndome pedazos el orinal, dió conmigo sobre las tablas del carro. Acudió el barbero á limpiar á su oficial, la mujer del llanto fingido á llorarle de veras, el asno á tirar respingos y cabriolas, y los músicos á huir de él. Su alteza se moria de risa, y sus criados de placer. Siguió la carroza su comenzado paseo; y mis dos guíadores, viendo que nuestra fiesta habia acabado de tragedia, desligando las manos al pollino, lo levantaron del lecho á que convaleciera, y lo ataron á una parte del carro; y mandando á los violones que tocasen, salieron muy despacio del paseo. Llegaron á la posada á tiempo que habia vuelto en mí, y apeándome, me llevaron á mi aposento y me echaron sobre mi cama. Roguéle á la patrona que me cerrase la puerta y que no dejase aquella tarde á ninguno entrar á hablarme, porque me sentia muy malo. Hizolo así, y aquella noche, aunque me sentia quebrantado de las coces, me brindó de tal suerte al sueño la referida orina, que de un tiron alcancé la luz del venidero dia.

CAPITULO IX.

Donde prosigue el fin que tuvo la referida máscara, la salida que hizo á campaña cuando se sitió Arras, el chiste que le sucedió con un vivandero, lo que pasó á la retirada con su dama, y su nueva campaña de Aire, enfermedad y muerte de su alteza, y su partida á Alemania en busca de su amo el duque de Amalfi.

Apenas el hijo de Latona por el tur de su cuarta esfera, embanastado en su carricoche, nos vendia alegría en lugar de naranjada, cuando los llantos y suspiros de una mujer y el estruendo y alboroto de una tropa de gentes que subian por las escaleras de mi aposento me inquietó, no con pocos sobresalto, al oír sus confusas voces y ver que abriendo mi puerta entraron á un mismo tiempo á darme los malos días, pues no los pueden dar buenos los que madrugan á pedir, la huésped de casa, el ama del pollino, el dueño de la cama, los músicos y el barbero. Lloraba con tiernas lágrimas la dueña del jumento el haber salido su fingida enfermedad verdadera, y con duras razones me pedía le pagase el valor de él, por causa de tener todo el pescuezo quemado y andar desordenado de tripas y estar inútil para servirle. Poníame por cargo de conciencia la tiranía que habia usado con animal tan donoso y humilde; jurábame que á saber para el efecto que lo queria, que antes me hubiera dado un hijo suyo que á su querido pollino; porque además de haberlo criado, era sus piés y manos y quien le ayudaba á sustentar su pobre casa. Pedíame el oficial el valor de su vestido, ó que le comprase otro nuevo, alegando que por mi causa habia quedado el suyo de manera, que no solo no se lo podia poner, pero ni llegar con media legua á la parte donde se le habia quitado por los aromáticos olores que de sí expelia. El camero decia que era cosa de gentiles lo que habia usado con él, pues su cama, hecha para descanso de cristianos, la habia hecho lecho de animales, y que estaba resuelto á no recibirla, por estar medio chamuscada y llena de operaciones sardescas. Los músicos pedian su jornada, y la huésped su quebrado orinal. Consideré que todos tenían razon, y concertéme con ellos lo mejor que pude, por no tener ruidos por cosa tan justa. En efecto, todos partieron contentos, y yo quedé harto triste de apartar de mi lado las doblas, á quien habia dado eterno sepulcro, y en hallarme algo lastimado de las coces del enfermo y tener que pagar el alquiler de la ropa de doctor. Por saber que la buena diligencia es madre de la buena ventura, me levanté á dar modo de recuperar el gasto de lo pasado. Y porque su alteza no me dijera que lo iba á ejecutar de constante y que lo regocijaba á fuerza de interés, tomé la pluma, invocando el auxilio de las nueve, estando la vena pronta, por estar en ayunas, le compuse un seneto, dándole el atributo de «El señor Infante, príncipe invicto», para que sirviese de acuerdo de la fiesta y de anticipacion á la paga. Advierta el lector que la ene de una línea sirve de ene, que no le habia de dar á su alteza renombre de Nau, y que además de ser licencia poética, es libertad bufónica. Decia de esta manera:

N-II.

E l que dará á su	Y atria eterna hazaña
E auros ganando y	H ayos expeliendo,
E iendo al mundo	I nmortal, pues que venciendo
E xcede á Grecia, dando	N ombre á España;
E ama en la paz, y	O iro en la campaña,
E rror de Europa,	A feliz renaciendo
H ayo de luz;	N uestros átomos vertiendo
I ris argentá cuando	E strellas baña:
N unca vencido	A centro de venturas,
H elice siempre, y con	N acer muy hombre,
V ngel divino,	A sol de las criaturas,
N adie ignora su fama	A su renombre:
H ú, lector, si por	H orpe conjetras,
E sas dos	O rlas te dirán su nombre.

Agradóle á su alteza, por parecerle compostura difícil, y demás de quedar en opinion de entendido, conseguí mi pretension, agradeciendo á las musas la brevedad de mi despacho.

Volví á hacer paces con mi ingrata Dulcinea, dándome de nuevo mas sustos que los pasados y algunos madrugones. Cuando me via cargado de chola y en oficio de siete durmientes, se le daba de mi amistad tres caracoles; y yo de su amor, cuando despertaba y la hallaba ausente, tres rábanos. Con estos pleitos ordinarios y con este extraordinario sobrehuero anduvimos alborotando posadas ó inquietando barrios todo aquel invierno. Llegó la primavera, y á la mitad de su florido curso salí con su alteza á campaña con un lucido ejército. Llegamos á la vista de Arras, con intento de socorrerla, por tenerla sitiada cerca del campo francés. Habia oído decir á su alteza que aquel dia no se habia de preservar su persona ni la de ninguno de sus criados de entrar en la batalla, si la presentaba el contrario, ó de embestir con él en sus mismas fortificaciones. Estas palabras infundieron en mi casi cadáver cuerpo un miedo tan intrínseco y helado, que ya me parecia que el tronitoso bronce fulminaba sobre mí sus carniceros estragos. Fuíme deslizando de las marciales tropas, trayéndome los achaques por los cabellos. Culpa el caballo de flojo, y las cinchas de apretadas, á la brida de corta, y á los estribos de largos; y por mas que me procuré quedar atrás, siempre tomé compañeros. Anduve montaraz, hasta que otro segundo yo, que se habia retirado herido de la flecha de Baco, me dijo que se habian mudado los votos, por serenarse los primeros ímpetus, con que saqué mis últimos temores. Ofrecióse de ser mi lucero, inquiriendo adonde pudiésemos refrigerar los macilentos miembros, tan trémulos con el miedo como frágiles con la gazuza; discurrimos los conocidos tabernáculos del trago, penetrando los límites del cuarto de la salud, y los hallamos tan desiertos de refrigerio como poblados de quien lo buscaba. Aquí fué adonde dí al diablo la guerra y adonde tuve por insensato al que tiene con que pasar en la paz y viene á buscar picos pardos, y entre abismos de descomodidades anda solicitando su muerte. Fué tan general la hambre que se pasó, que para poder exagerar, basta decir que llegó á mí, que cuando le falta á uno de mi oficio, que es perro de todas bodas y registro de todas mesas, muy de rota va el negocio.

Llegamos una tarde á hacer frente de banderas cer-